

Intervencion e campo de intervencion

Alejandro Raggio

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

RAGGIO, A. Intervencion e campo de intervencion. In RIVERO, NEE., org. *Psicologia social: estratégias, políticas e implicações* [online]. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2008. pp. 57-63. ISBN: 978-85-9966-286-1. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

Intervención e campo de intervención

Alejandro Raggio

Como apertura a la presente comunicación, quiero hacer referencia a la dificultad que implica salvar La paradoja del acto escritural. El texto parece, casi que inevitablemente, adquirir un estatuto definitivo: queda escrito y tiende a ser considerado fuera del proceso del que emerge. Por eso, quiero situar lo que sigue en un “diciendo”; de esta forma, el texto adquiere su justo estatuto: un momento reflexivo del proceso de investigación en que me encuentro. Algo así como un “informe de avance”, en el cual la forma del gerundio es la que más parece corresponderle ..

Estas líneas constituyen básicamente, una versión corregida y ampliada de la intervención en la Mesa Redonda “Estratégias e intervenções em comunidade”. Si bien mantiene los ejes de análisis que en aquel momento la orientaron, se agregan algunos tópicos que profundizan ciertas temáticas, o bien abren a problemáticas que adquirieron relevancia en el propio Encuentro y que no estaban previstas en la versión original.

Cuando acepté la invitación que cordialmente me hicieron los profesores N.Rivero y A.Henz de la ABRAPSO, lo hice sabiendo que para enunciar algo inteligente a propósito de la intervención en el campo comunitario y en un Encuentro de Psicología Social, iba a ser necesario darle una fuerte intensidad crítica a la colocación. Lo anterior se fundamenta en el hecho de la existencia de un conjunto importante de naturalizaciones, que entran en juego cuando se convoca una discusión acerca de estos tópicos y que además de ser un obstáculo, vuelven las reflexiones y discusiones poco interesantes.

Algunas consideraciones iniciales

Entre las naturalizaciones se destaca la insistente emergencia de una dicotomía – más o menos explícita – entre campo clínico y campo comunitario. Dicotomía ésta que, además, tiende a dejar fuera del campo de conocimientos de la psicología social la problemática de la intervención clínica.

Si bien es cierto que lo anterior se puede explicar por una también “natural” identificación de la psicología social con los ámbitos grupales,

institucionales y comunitarios, esta explicación no parece ser suficiente. De hecho, esta identificación, muchas veces funciona asociada a una cierta descalificación de la clínica, fundamentada, ya sea en una crítica de sus fuertes endurecimientos institucionales y corporativos, ya sea en los problemas que ubica su inocultable procedencia médica, o en su asociación li gera con el universo intimista y metafísico del sujeto individual.

Por otra parte, se sitúa otro problema, al que llamaría “la lógica de lo alternativo”. La misma consiste en la ubicación de una propuesta en una lógica opositiva y en la paradójica repetición del modelo sustancialista que se le critica a las líneas de pensamiento ante las cuales es situada la propuesta “alternativa”. En otros términos, desplazamos una Verdad, para inmediatamente situar otra en su lugar (esquizoanalítica, institucionalista) y que inevitablemente reproducirá la misma forma moral y moralizante.

Por eso, uno de los principales ejes que orienta esta comunicación es la pregunta del *como* pensar una modalidad de intervención que no funcione como un apriori prefigurativo del campo de intervención y del propio campo de reflexión teórica? Este es, desde mi punto de vista, un interesante problema estratégico.

De esta manera, queda más o menos fundamentado, el requerimiento de reflexionar sobre estas cuestiones, desde una perspectiva que genere visibilidad sobre nuestros propios procesos de implicación con las lógicas de sentido dominantes.

El otro aspecto que sostiene esta reflexión es una puesta en entredicho de la separación radical entre campo de intervención y campo de análisis. En esta herencia institucionalista, está jugada, implícitamente, la cuestión del “artificio técnico”, como implementación extraña al campo, ajena al proceso en el que se interviene. Es a partir de la crítica de esta separación, que situamos la reconsideración del campo de análisis como singularización inmanente al campo de intervención.

Desde la perspectiva aquí trabajada, la intervención no es un problema técnico y ni siquiera de estrategias pasibles de ser situadas a priori, es básicamente un problema ético.

Por eso, antes que introducimos en callejones sin salida de carácter técnico, preferimos interrogarnos acerca de las condiciones mismas de la

intervención psicológica: el campo de intervención (se trate de la entidad empírica que se trate), la formulación de los problemas y el diseño de estrategias, y la naturaleza del espacio analítico.

De la naturaleza del campo de intervención

Nos resulta bastante habitual delimitar la especificidad de un campo de trabajo de acuerdo a una división en ámbitos de prácticas. Desde este punto de vista tendríamos, ámbitos educativos, institucionales, laborales, comunitarios, etc. Es decir, una taxonomización que nos presenta la realidad en “ámbitos”, establecidos en función de una evidencia empírica, más o menos sobrecodificada por diferentes lógicas de sentido.

Asimismo, parece muy evidente que, para cada ámbito existirían estrategias, metodologías y técnicas específicas, y aún más, hasta roles específicos. En primera instancia, parece bastante comprensible que el rol de un psicólogo en el ámbito clínico, no puede ser el mismo que tendría en un ámbito comunitario.

Pienso que, dada la consistencia del conjunto de creencias al que los ejemplos anteriores pertenecen, tenemos de antemano un problema en el que debemos detenernos. Si el asunto fuera tan sencillo, bastaría un buen adiestramiento técnico para operar en un determinado ámbito. Por otra parte, los encuentros académicos se verían reducidos a una suerte de actualización, presentación e intercambio de tecnologías más o menos eficaces.

Una primera deconstrucción del problema deja al descubierto, tres líneas de sentido predominantes: la evidencia empírica, las lógicas técnicas y los objetos disciplinarios. Estas trabajan comúnmente juntas, yuxtaponiéndose y colaborando a generar aquello que acostumbramos a reconocer como objeto de nuestras acciones. De ahí que, esta discriminación tiene la finalidad de hacerlas visibles y no de describir las cosas como “realmente son”.

Para ejemplificar lo planteado, tomaré aquello que desde el título de la Mesa nos convoca: la Comunidad. A principios de los años 60, con la aparición de la estrategia de la APS, se empieza a privilegiar el campo comunitario como campo de prácticas para los profesionales de la salud. Sin embargo, esta jerarquización de lo comunitario, va asociada a la producción de una noción de comunidad, funcional a los requerimientos de

la estrategia. Estrictamente, “la Comunidad” es una noción teórico-técnica, una particular codificación del campo social-comunitario, que busca hacer operativo este campo a los fines de la estrategia referida.

Si bien es cierto que no existe un pensamiento metaempírico consistente que acompañe estos desarrollos, sí nos encontramos con la existencia, más o menos eficaz, de una objetivación del campo comunitario, que lo articula naturalmente como campo de intervenciones sanitarias.

El ejemplo es tan sólo eso, un ejemplo. Ocurre lo mismo con los procesos colectivos, frecuentemente capturados bajo una noción de grupo que los articula como objeto de intervenciones técnicas y desarrollos teóricos disciplinarios.

De esta forma, se anudan, las lógicas técnicas y los objetos, anticipando y encubriendo los procesos en los que se interviene. Se notará que, se trata también, de un complejo problema epistemológico y filosófico que, si bien es imposible profundizar en este espacio, debe ser necesariamente señalado.

Ya sea considerándolos o no, siempre intervenimos en procesos subjetivos. Ya no hay, desde esta perspectiva, “individuos”, “grupos”, “organizaciones”, “comunidades”, ontológicamente establecidos, o se a, cuerpos naturalmente organizados. Y si parece haberlos, o bien serán alucinaciones técnico-disciplinarias de nuestra mirada, o bien cristalizaciones que no dejan de ocultar los complejos procesos subjetivos, sus agenciamientos colectivos y sus maquinaciones deseantes.

El campo de intervención ya no podrá ser definido por ninguna modelización teórico-técnica, ni evidencia empírica (ámbito) alguna. Sólo entonces, podrá ser pensado como red de composición: es decir, plano de immanencia, entendido de acuerdo a las relaciones que lo constituyen, los segmentarizaciones que lo atraviesan, los actores que en él se articulan y las formas organizativas que, con mayor o menor rigidez, se ha podido dar a sí mismo.

De la naturaleza del campo de análisis

Para iniciar este apartado, quisiera convocar una perspectiva – nada “alternativa” – que, a pesar de ciertas posmodernas pretensiones de olvido,

sigue interpelando la arrogancia técnica y promoviendo la reflexión ahí donde se la quiere evitar. Me refiero a la perspectiva abierta por Freud en el campo psicológico. La propuesta psicoanalítica, más allá de su particular hipertrofia institucional y corporativa, promovió una inflexión ética y metodológica cardinal: el lugar del médico, del experto, es desplazado y la producción de saber (sentido) se resitúa en una dialogía entre paciente y analista.

A modo aclaratorio, no interesa la procedencia del ejemplo (la clínica psicológica individual), ya que, lo que importa, una vez más, no viene dado por el dato de los sentidos. Poco importa si estamos trabajando con un sujeto, con una familia o con una organización; lo que interesa – y para eso fue convocado Freud – es como estamos trabajando. Desde un punto de vista metapsicológico, que el psicoanálisis oficial haya encerrado en el universo intimista y burgués del individuo, toda la problemática de los procesos subjetivos, no debería ser para nosotros un problema. Por otra parte, la reducción de la práctica psicoanalítica a una sola técnica, consagrada por las corporaciones oficiales, además de ser el correlato metodológico de lo anterior, es un efecto de fetichización mercantil que no puede tener mayor lugar en el campo académico.

La apertura de un espacio de análisis queda ubicada en esa dialogía, en la cual el sentido acerca de lo que se manifieste como padecimiento o conflicto, es inevitablemente un sentido a producir, no está dado a priori. La cuestión central, será entonces, abrir en el campo de intervención la perspectiva crítica del problema.

Coloco la idea de problema por varios motivos: por una parte ésta supone una ética que nos previene de la arrogancia profesional, la ética del investigador, quien a priori debe reconocer su ignorancia acerca de aquello que investiga. Por otra parte permite una articulación de análisis e investigación que facilita el rescate la labor analítica de sus endurecimientos profesionalistas.

En ella está jugada, además, otra cuestión ética cardinal: ¿quién formula los problemas? El problema no está dado, no es lo que empíricamente se percibe, lo que se enuncia como sufrimiento o conflicto, éste requiere necesariamente una formulación y el soporte de su formulación es precisamente la estructura dialógica.

Si resignificamos el aporte psicoanalítico y ubicamos el espacio de análisis en una dialogía inmanente al campo, fue fundamentalmente para resituar la reflexión acerca de la intervención y de la función analítica en una perspectiva ética.

Pierden importancia entonces, ciertas cuestiones en relación a la supuesta diferencia entre campo de intervención y campo de análisis. Si el campo de análisis no es inmanente al campo de intervención, no es campo de análisis, es otra cosa. El campo de análisis es un espacio diferencial en el campo, pero no diferente. Se trata de dejar de concebir la implementación de un dispositivo técnico como un “artificio” – por extensión “artificial” – y de hacer bien visible la línea que separa intervención y manipulación técnica.

Por otra parte, desde una perspectiva filosófica, la separación entre campo de intervención y campo de análisis “cae en la vieja dualidad metafísica (...) entre empiria e idealidad conceptual, operatoria y esquema nocional, o concretamente entre campo de intervención y campo crítico o de análisis”.

El campo de análisis o espacio analítico es un espacio diferencial que se forma por singularización a partir del propio campo de intervención, un pliegue de ese mismo campo que reflexiona sobre sí mismo y sus sentidos posibles. Desde aquí, la dimensión técnica, no es otra cosa que una implementación instrumental específica destinada a la apertura y sostén del espacio de análisis.

Si seguimos desplegando la metáfora espacial, nos vemos requeridos de continuar la reflexión ética. Detenerla en la naturaleza dialógica del campo de análisis, implicaría perder de vista la dimensión social del acontecimiento analítico, es decir la práctica analítica en tanto práctica social. Por eso, no se trata solamente de reestablecer precedencias familiares y regenerar conexiones, sino también de producir las condiciones a través de las cuales el otro se reconozca formando parte activamente de la realidad social.

La metáfora espacial (pliegue), además de permitirnos una reconsideración crítica del dualismo campo de intervención-campo de análisis, posibilita pensar al espacio de análisis como una lógica de subjetivación, reflexivamente establecida y articulada en una continuidad topológica con el espacio social.

La práctica psicológica y su dimensión analítica, en forma genérica, se articulan dentro de lo que A.Giddens denomina reflexividad de las formaciones sociales. Es decir, son prácticas, más o menos institucionalizadas, en las cuales, con el uso regularizado del conocimiento teórico y técnico, se configuran regímenes en los cuales los sujetos se reconocen y se significan .

Esta ubicación social de las prácticas psicológicas, es la que permite el despliegue de la reflexión ética en toda su amplitud. Desde ella, ya no será posible desconocer los sentidos sociales de la intervención psicológica, se cual fuere el campo en el que se interviene, así como, tampoco será posible desconocer el requerimiento de analizar la implicación con las lógicas de sentido en las que se articulan los actores de una intervención concreta.

Si bien muchas de las hipótesis y afirmaciones que he dejado plasmadas en esta breve comunicación requieren un desarrollo más extenso, entiendo que, desde estos parámetros, podríamos resituar el problema de las estrategias de intervención. Ubicando una perspectiva en la cual, éstas (las estrategias) no queden capturadas en ninguna lógica trascendente, sino que operen de forma de potenciar una práctica psicológica dirigida al sostén inmanente de la producción deseante y de la interrogación acerca de sus modos de existencia. O se a, el sostén de la vida misma y de una interrogación de sus modos de producirse, sus bloqueos, sus frenos, sus sentidos actuales y posibles.